

*Radeaux*

*E.B.*

Por mi padre.

Por Rachel.

*Es en el dolor cuando uno se convierte en sí mismo*

Sófocles

## Primera Parte

## Capítulo I

Y ahora el pintor está muerto. Realmente muerto. Eso es seguro. La figura yacente es él ahora. No uno de los de sus lienzos. No, el padre, el pintor.

Ha elegido su posición. Sus piernas cuelgan de la cama, sus brazos se cruzan sobre su pecho.

El hijo está ahí, abrió la puerta de un empujón hace cinco minutos. Entra y sale de la habitación como un reloj. No se siente a gusto en ninguna de las habitaciones. Por supuesto, se dio cuenta enseguida de que todo había terminado, pero eso fue después. ¿Dónde debería estar? ¿Debería quedarse cerca, recogerse? Pero el muerto no necesitaba a nadie. Estar aquí o al lado, o abajo, en el café de la esquina, daba lo mismo. Sí, pero sin duda había que *hacer* algo.

Después, aquella imagen, por todas partes: el cadáver de la *Balsa* en primer plano, el que salía del cuadro, con la cabeza boca abajo, demacrado, muy blanco, y el brazo izquierdo abandonado.

Volvió a verse a sí mismo, hace unos veinte años, en el Louvre, con el muerto de hoy, haciendo que le explicaran la composición del cuadro de Delacroix que tenía al lado, porque había que analizarlo para la clase, y a los dos, al salir de la sala, pasando por delante de la *Balsa*, y al niño que no veía ninguna "medusa" en el cuadro preguntando: "¡Papá, es una medusa!".

El niño que no veía ninguna "medusa" en el cuadro preguntaba: "Papá, ¿dónde está la medusa?"

Pero era sobre todo él mismo el que se había perdido. A falta de cielo, el cielo cambiante que se interponía entre él y la muerte, la brújula se había vuelto loca. La vejez, la verdadera. El truco sucio del viejo. Iba a tener que salir por su propio pie.

Un ser humano, al menos tanto como una balsa, también puede zozobrar y derivar bastante. Un buen golpe de la parca vale más que un naufragio.

Pero como hay que amar, es bajo la ventana del padre, mientras el cuerpo espera, frío, arriba, a que los servicios funerarios se lo lleven a otra parte, a cualquier parte menos a otra parte, donde la mujer fallece. El hijo, abrumado, abandona el tercer piso para respirar, y se desploma en la terraza de abajo, suplicando que venga el médico.

Conoce a la mujer que pasa, y no piensa en la embarazosa situación en que la pone al decirle que no, que no está bien, porque allí arriba, en el tercer piso, hay un cadáver, su cadáver, y está esperando a que alguien se lo lleve. Ella no sabe si sentarse. Duda. Asumir la muerte de otros en el pecho, y de este hombre, conocido pero apenas, no realmente un amigo, un conocido. Entonces, sacando un resto de conciencia del estado de embriaguez en el que ha estado las últimas horas, le da las gracias y se disculpa porque su padre ha muerto. Ella se marcha.

Él se queda allí, postrado. El sol de la tarde del veinte de mayo también le deja inconsciente. Intenta remontar el curso de los acontecimientos: sube las escaleras, gira la llave, empuja la puerta, llama. Miró furtivamente al salón, luego al

el dormitorio. Cogió el teléfono. Una hora más tarde bajó las escaleras y se sentó en el café. Entonces todo había sucedido.

Esperó, levantó la vista y reconoció a aquella mujer como perteneciente al paisaje de sus amores lejanos. Ella se acercó, suave y muy triste, y luego desapareció.

El hijo recordó con frialdad y la mayor racionalidad posible aquellas dos horas. Reflexionando, esta coincidencia sólo puede ser el resultado de un sistema preestablecido por alguien o algo.

Y, sin embargo, no puede evitar dudar de que nada de esto haya sucedido.

Entonces el hijo está allí. Son las seis y el médico no ha llegado, porque "usted sabe, señor, que no hay urgencias para los muertos". Sí, claro. Ya no está solo, está rodeado de sus seres queridos. Están bebiendo y la camarera, que se ha dado cuenta de que el pintor de enfrente al que saludaba desde su ventana está arriba, pero no por mucho más tiempo, atiende a su cliente.

Y aquí es cuando la cosa se pone realmente fea:

"Sí, ¿hola? Sí, te llamé ayer. No, sólo para ver cómo estabas. No, no desde el sábado pasado. No, desde el sábado pasado no. ¿Por qué? Pero no te preocupes, te llamaré, ya se sentía mejor. Probablemente salió tarde, tenía un hueco. No, hoy no, ya sabes que trabaja los miércoles. Tengo que irme, estoy con amigos. Está bien, te doy un beso, adiós".

Cuelga y se echa a reír, horrorizado por lo que la vida, o más bien la muerte, le obliga a hacer y decir hoy. Se ríe porque, después de todo, este día es hilarantemente aterrador, y desde hace cuatro horas es una historia interminable.

La anciana está en el jardín. Está cortando las rosas. Es realmente pequeña. Está sumida en sus pensamientos y levanta la vista porque oye un ruido, un montón de gente empujando para abrir la gran verja de hierro negro oxidado. Reconoce a sus hijos. El mayor de ellos camina hacia ella, mientras le dice, con un tono de voz extraño y sorprendido

"¿Qué hacéis aquí? Parece que habéis venido a un entierro". Entonces su alegría inicial al ver aparecer así a sus vástagos se acalló.

"Tu segundo hijo ha muerto, mamá.

Entonces todo sucedió muy deprisa. Se acercaron, cargaron con el frágil cuerpo de la anciana que no había perdido el conocimiento, pero cuyas piernas realmente cedían, estaban asustadas, le trajeron agua y finalmente la sentaron en el gran sofá del salón.

"No es posible. Simplemente no puede ser. Mi pequeña, mi mi pequeña".

Y se ahoga y llora sin llorar, le golpea muy fuerte, la muerte del niño, a su edad, qué injusticia ver invertido así el curso natural de la vida, qué de g u e l l o perder a tu primer hijo, a tu edad.

Todavía no ha hablado realmente, cegada por una luz interior, y ahora todos la observan para ver si ella también va a morir, en el inusual silencio de esta sala de estar que solía estar llena de reuniones familiares. Todos esperan el veredicto.

Finalmente, abre sus pequeños ojos muy enrojecidos, parece recuperar el aliento y se lleva a los labios el vaso de agua que su nuera le tendía desde hacía unos minutos, por si acaso no lo conseguía. Y entonces se las arregló para preguntar

"¿Cuándo?"

-Ayer por la mañana.

Pero no le cuadra, no puede ser porque anoche, sobre las seis, llamó al hijo y no le dijo nada, así que se siente aliviada. No es posible, sonrío, porque sabe que se han equivocado.

Así que se lo cuenta, y dice que se equivocan, porque el nieto no lo mencionó ayer por teléfono. Probablemente porque no pudo decirle desde su mesita en el funeral, que sí, aló, mamie, soy yo, sí, no, porque tu hijo murió esta mañana, así, en su cama, sí, adiós, mamie. Así que no dijo nada.

Luego, unos días más tarde, fue al cementerio, el largo, injusto y doloroso paseo bajo el calor, y, antes de eso, la elección de la tumba, para ella y para él, y él en lo profundo de la tierra, debajo de ella, con su lugar esperando.

En la mañana de este último paseo, la multitud era densa en la gran sala mortuoria, pero llegaron muy temprano, como de costumbre. Estos son los otros abuelos. Ella es muy alta, muy rubia, con los ojos muy azules, magnificando sus ochenta y tres años. Permanece mucho tiempo de pie, digna, abrazando fuertemente a su nieto. Él, su marido, siempre a su lado.

Están muy presentes, muy bellos y muy dignos, siempre presentes, sorprendentemente, siempre embellecidos por la edad, despojados de la superficie del adulto en plena fuerza de trabajo, y pulidos por el ocio cultural que era su vida cotidiana. También se centraban en el amor a sus nietos y en su generosidad, tan hermosa que el hijo pensó que sería bonito ser como ellos más adelante, tener el mismo desapasionamiento, ser como ellos, en sus palabras, y alegrarse de sus éxitos, y acompañar sus derrotas tamizándolas.

Y quizá lo más conmovedor de todo era el gesto que siempre veía hacer al marido cuando salían de los restaurantes, abriendo el abrigo de su mujer y ella deslizándose en él con naturalidad.

Luego, antes de que se cerrara el ataúd, ella cogía la mano del nieto, que sentía lo lejos que había llegado en el tiempo, y daba la otra mano a su propio hijo, de modo que el hilo de las cuatro generaciones allí de pie frente al padre blanco y frío se mantenía fuertemente unido.

## Capítulo Dos

Así que, una vez más, aquella mujer de grandes, redondos y luminosos ojos azules, a la que él veía como sublime y verdaderamente deseable, regresó unos meses después. Juntos, un poco más cerca ahora, están en el teatro. Podría no haber ningún actor, ningún decorado, y estarían allí de pie, uno junto al otro, en la oscuridad, escuchándose, sin decirse nada. El momento es tan precioso que el hijo está decidido a no mover un músculo, a no decir nada ambiguo.

Ni siquiera en los días siguientes, en los que, ya completamente inmerso en ella, hizo todo lo posible por no dejar traslucir nada de ese amor desbordado, porque no hablarle demasiado significaba, en primer lugar, no perderla, construir en torno a ellos un muro de silencio y ausencia en el que la fantasía pudiera extenderse y solazarse.

París podía ser la vida a partir de ahora, justo al lado del muro de la muerte con el que se había topado, a unas manzanas de distancia, en lo alto, dominando la ciudad, y era casi inhumano que esta mujer se pusiera en sus brazos de huérfana, porque nunca podía estar realmente triste.

Incluso el primer día, ella había pasado como una cerilla en la noche, una cerilla que a él le había encantado reavivar en su soledad de Pekín enviándole de vez en cuando señales de humo. Y ahora, una vez que ha tenido la nariz pegada al suelo todo ese tiempo en la noche profunda, le envía vida a raudales.

Entonces se queda solo en casa. Coge un bolígrafo y escribe algo así en un papel:

"Ya ves que puedo tocarte. Cierro los ojos, te toco, te veo y te oigo. Todo es diferente. No puedo hablar más o todo se desmoronará".

Todo se juega ahora en espacios estrechos, el de una mesa de restaurante, en la intimidante confrontación cara a cara, donde los ojos, mariposas inquietas, se atreven y no se atreven a posarse, el de una sala de cine, en la inmovilidad y la presencia inmediata y casi exasperante del otro, de su hombro llamando. Y sin embargo él, escaldado tal vez, o incrédulo, o precavido, no toca nada, no se mueve, porque hay cosas mejores que hacer, como intentar sentir la tensión entre ellos, evaluar la fuerza física que los ha empujado a esta habitación a oscuras después de un largo día de trabajo, la misma fuerza que lo mantiene a una distancia exacta de ella.

Ahora comprendía que, solo ante la muerte, una vez desaparecida la pantalla de su padre entre el cielo y él, no podía desahogarse de sus actos con nadie más, ni acudir a un consejero, ni confiarle sus dudas, como había hecho antes, cuando se había pasado de la raya amando apasionadamente a una mujer a la que no tenía derecho legal a amar, o durante los violentos vientos de una separación devastadora.

En esos momentos, acudía al padre como se acude a

excepto que era al café de abajo. La comunión de pensamientos entre ambos era absoluta, y el padre le transmitía lacónicamente su visión de las cosas mediante afirmaciones a la vez sinceras, tiernas y mordaces.

Cuando se despertó, se dio cuenta de que su incapacidad para actuar del día anterior se debía precisamente a la ausencia de su difunto confidente, que había dado su aprobación a los nuevos amores con sus ojos y sus palabras. El hijo era ahora insoportablemente libre, señor de sí mismo y, sobre todo, extremadamente solo con lo que podía adquirir matices de una posible felicidad.

Pero también estaba esto: la tristeza y la preocupación que el padre había sentido durante las grandes crisis emocionales de su hijo en el pasado, encontrando difícil verle enamorarse de una mujer.

Probablemente no la tocó entonces por miedo a que un desaire pudiera disgustar al muerto.

En los días siguientes, hubo silencio. Todo lo que no se había dicho o hecho consumía su espacio interior. Se da cuenta de que es una forma de tortura aparecer y desaparecer así, que es superior a sus fuerzas desaparecer.

Pero ella está muy viva, no muy lejos, a su alcance, y tendrá que coger esa mano y no soltarla nunca la próxima vez, no para confesarle nada, sino para probarse a sí mismo que ciertos seres podían dejar de ser y volver a ser, que la resurrección era posible. La prueba de la vida, eso era lo que le alimentaba de ahora en adelante, para repoblar las tierras saladas de su interior.

Así, este gran silencio que intenta romper con cartas sin respuesta, puede por fin acostumbrarse a él renunciando a creer que esta mujer está viva, fantaseando con que, a partir de ahora, los seres indispensables se esfuman de repente, como bajo el efecto de un hechizo, y que el curso de las cosas se ha convertido en esto, como una nueva ley de la física universal.

O, por el contrario, esta mujer que antes no existía, que apareció de repente, esta mujer con cabeza de Madonna, era una forma de encarnación, de modo que su efímero paso a la vida cotidiana del hijo habría sido una visita de lo alto, una enviada del padre.

Ella ya había pasado unas horas después de su muerte, y entonces, en medio del agotamiento de agosto, él le había implorado una señal consoladora. Finalmente, ella le había acompañado físicamente a los lugares de diversión de la ciudad.

Ella simplemente había vuelto por donde había venido, desde arriba.

Pero en absoluto, ahora que él sostiene su cabecita entre sus manos grandes y varoniles, y mira la carita de esa niña cuyos ojos dicen sí y no al mismo tiempo, los ojos de una niña pillada con la mano en el tarro de las galletas, y le pone los labios en la mejilla como para tranquilizarla, y la estrecha en sus brazos, como un padre.

Para nada, para nada desde arriba, se dice a sí mismo, ahora que por fin siente y aprieta su manita, que en realidad no sabe qué hacer con ella, y que tampoco sabe qué decir, porque está dentro de él que se debate en cuerpo y alma, deseando y no deseando este momento, tanto más cuanto que el beso, el golpe de pico en un espejo apenas desmenuzado, no fue un beso en absoluto, más bien un abrazo, casi una despedida.

Así, en la noche oscura de un París visceralmente apegado a la infancia de estos dos seres, avanzan, como los dos fantasmas del "coloquio sentimental", ya, y tan pronto, perdidos, sin ceder al silencio. Van a la izquierda, luego a la derecha, y no es posible, se dice, que ella haya descendido así, y se haya encarnado en esta mujer torpe, y sin embargo tan bella en este malestar psicológico que le sirve de pantalla.

Sólo cuando estamos sentados, y finalmente ceñidos por un silencio compartido, esto puede suceder. Toma su mano, abandonada, como un camino. Recorre cada dedo, uno a uno, muy suavemente, y siente cómo este laberinto va tomando forma en su interior. Por fin entra en él y todo se calma al mismo tiempo mientras deambula, con infinita cautela, por los meandros de este paisaje digital. Es exactamente esta sensación la que ha estado buscando en vano durante las últimas horas, la de la palabra silenciosa de las manos, una palabra muy delicada e incansable, que no está lastrada por justificaciones, que no se enreda en ningún hilo y que no necesita nada.

Tanto es así que la loghorée que precedió a este momento no fue más que un señuelo para lo que sólo había que callar. Palabras mentirosas, tras las que el ser se debate en una última estrategia de defensa y prevención, justo en el momento en que siente que todo en su interior se derrumba, y está desnudo, y ya entregado.

Y es sin duda porque el beso sale de la boca, como el verbo, que conserva un poder retórico que las manos no tienen, y sin duda porque los ojos no pueden callar que se cierran, para no perderse en el espejo opuesto. Pero las manos, por mudas y ciegas que sean, no pueden decir mentiras. Y allí, en los huecos de sus palmas, se oían los estigmas de cierto amor

e incluso, si éramos capaces de dejar de lado el vínculo físico entre esas manos y el cuerpo del que dependían, podíamos sentir los contornos emergentes.

Por eso, al final de una larga noche de enfrentamiento con alguien que definitivamente no venía de arriba, sino de enfrente, lo único que quedó en la mente del hijo fue ese único momento, multiplicado por el recuerdo y probablemente ampliado por las noches venideras.

Piensa en la necesidad de ella que no existía ayer, pero que insiste hoy. Es una sensación extraña, porque a medida que se hace más y más imperiosa, no responde a nada concreto. Es como si se construyera a sí misma en el vacío y consiguiera alimentarse. Eso es lo que la hace incomprensible. Cuanto más lucha la razón, más se impone la necesidad.

No está de acuerdo en que la necesidad de ella crezca en poder día a día. Se opone visceralmente a todo lo que no decida por sí mismo, a cualquier forma de alienación psíquica. Pero la formulación misma de esta negativa categórica, el gesto de insubordinación que realiza, en plena posesión de sus medios, le debilita aún más. Y eso está fuera de toda duda.

Porque lo que le subleva es dejarse arrastrar por lo que ayer no existía, lo que no tiene más consistencia que la que le da la fantasía.

Toma esta invasión progresiva del cuerpo y de la mente como una señal de lo que está vivo en él, y que le impulsa a desear un objeto que apenas conoce, hasta el punto de desearlo cada vez **m á s** . Esta libido vivendi

Esta libido vivendi le asegura que no está muerto, porque aún es capaz de cristalizar en un objeto que construye en su pensamiento, hasta el punto de arriesgarse a perderse en la posesión de su realidad.

Pero a pesar de estos pocos retazos de reflexión, todo parece coordinarse para un ataque sistemático, en todos los frentes, al estado de ataraxia que era el suyo antes. El tiempo se alarga interminablemente, la conciencia ya no dormita, todo en él está ahora al acecho. Estaba preocupado.

Así que aquí está, huyendo de la vida tal y como es ahora. Él también quiere ser olvidado y pudrirse tranquilamente bajo tierra. Y con los puños cerrados, se concentra con fuerza y se imagina muerto junto al muerto, visualizando muy claramente el estado de su padre ahora, podrido y descompuesto.

Ahora todo es una amenaza, incluso ella, especialmente ella. Así que realmente no sabe qué hacer.

Se acuesta, se duerme, quiere preguntar a su padre. Pero el padre no viene.

Y entonces, sopesando los pros y los contras, se da cuenta de que si va a yacer junto a un cuerpo, si va a compartir carne, bien podría ser junto al cuerpo de ella, y en una cama en lugar de en una tumba.

Porque de todos modos, esta carne, que calienta todo el espacio que la rodea, tan variablemente plástica dependiendo de si él empuja sus dedos, o sus dientes, aquí o allá, esta carne sigue siendo más acogedora que la de su padre, ahora completamente dispersa, y ciertamente muy negra. Mientras que la de él no lo es, responde, llama, se sujeta de verdad, se retuerce, cálida sobre todo, tibia, compuesta y bloqueante.

Así que aquí están los dos, tan vivos como pueden estarlo, la respiración entremezclada y jadeante, ejerciendo presiones opuestas sobre sus miembros en una lucha a la vez desordenada y muy tranquila, la piel de ella magullada por su barba crecida, y él todavía asombrado de estar despertando innegablemente el deseo, muy claramente, cuando no, él no, ahora no, pero sí, no hay duda, porque sabe que está dentro de ella, se ve con una mano presionando su cabeza hacia atrás, y con la otra levantando su muslo izquierdo y doblándolo sobre el derecho.

y doblándolo sobre su hombro, qué flexibilidad, Dios mío, y con la boca también, trabajando.

Siente lo diferente que es todo esto de antes, cómo la sensación de depredación ha sido sustituida por la simple sensación de estar ahí, dentro de ella, y de dialogar. Ella llora, y él no le quita los ojos de encima, pasando la mano por su vientre cálido y flexible durante la noche, igual que pasó la mano por el cráneo frío y duro del muerto, una única caricia al padre, una caricia de despedida antes de la noche.

Luego, tumbados como espejos, entrelazan sus brazos y sus piernas, sus rostros y sus respiraciones, y se duermen sin implorar esta vez a nadie.

## Capítulo tercero

Y entonces, poco a poco, el barro aceitoso del silencio empieza a filtrarse en él. Es un barro viejo, el barro de los deportados obligados a cerrar la boca con las culatas de los fusiles, oyendo sólo el sonido de sus pasos que se hunden dentro y fuera a cada paso, el barro, también aterrador, impuesto por el capo que irrumpe de repente en el blocao, no con la voluntad de callar, sino con la prohibición formal de abrirlo, para sobrevivir. Sobre todo, el silencio de los supervivientes, la vergüenza de haber salido impunes, y la sospecha de que para hacerlo, seguramente debieron acostarse con alguien, o delatar a uno de los suyos, cuando no tenían por qué hacerlo, y sin embargo lo hicieron. Después de eso, primero, las bocas cerradas, creciendo como una niña, criada por otros porque los padres nunca volverían a hablar donde estaban ahora, y luego, más tarde, sin verbalizar nada, sin palabras sobre ningún sentimiento, sin historias tampoco. Ella, la niña, nacida del silencio, era ahora una fabricante de barro. Paciente, pasiva y obstinadamente silenciosa, tanto que incluso sus palabras parecían evaporarse en cuanto eran pronunciadas, no tenían peso, no se les daba crédito. Impermeable, también, a las palabras de su hijo, que siempre iban dirigidas a ella, incisivas, provocadoras, volubles y vivaces, derramando su alma y su vida por doquier a partir de entonces. Por desgracia, un esfuerzo baldío, porque es más fácil callar que hacer hablar.

El barro progresivamente seco que le rodeaba le magullaba los labios, cavando en ellos surcos de silencio. Una boca pastosa también, al cabo de unos meses, y ahora también culpable de las flores que da a luz, porque quien detenta el poder de la palabra es peligroso, definitivamente invasivo, siempre solícito, incómodo. Boca cerrada, cuando ya nadie habla, y medita ante el que ha callado. No, decididamente hijo de la palabra hablada, miraba con verdadero desafío las mantas de silencio que le rodeaban, congelándole a su vez en la postura del trepas.

Tanto que pronto supo que ella no venía de arriba, ni de aquí, sino de abajo, de muy abajo. Ella es una de esas mujeres que te absorben, te mantienen a la distancia exacta del respeto, dan a luz al otro, le hacen perder todos los puntos de referencia, luego lo vacían y lo vuelven a vaciar de su sustancia.

Ahora es diciembre, y ahora también es la mujer la que está muerta. Está muerta de verdad, pero eso no es tan sencillo como parece: no hay cuerpo, ni puerta que abrir, ni cama, ni pintura tampoco.

El hijo espera la ceremonia en la que se rendirá homenaje a su padre en el colegio donde había trabajado: un hermoso lienzo verde que ahora ocupará un lugar de honor en el vestíbulo de entrada, en lugar del horrible bajo relieve del uno por ciento cultural, desplazado unos diez metros para la ocasión. Es la nieve profunda de finales de diciembre, y pronto, dentro de una hora, la multitud, los padres y el ruido se habrán ido, y en su lugar habrá un lienzo verde oscuro que representa un cuerpo blanco de pie y su sombra proyectada. El verdadero muerto, él es el irredimible.

Pero ella, la mujer, la transeúnte de la primavera, también está muerta, pero de otra manera. Está viva, pues, porque está pasando, hablando, deseando y devorando al hijo, embelesada, agarrando con avidez este espejo extendido, y también muy complacientemente haciéndose pasar por el redentor. Pero en este juego, alimentado y atiborrado.

Hay asesinato en el aire esta noche de revelación,

cuando ella le dice que por supuesto no puede ser lo que solía ser, o verlo como solía verlo, o hacer algo que valga la pena, porque ya no tenía hambre.

De acuerdo. Ahora está muerta, no desde arriba, no desde ninguna parte, nada más que una bocanada de energía exhalada del último aliento de su padre, exhalada así, de golpe, y después de una respiración muy corta, algo que ya no circula en él, como una gran fatiga interna.

Así que ella estaba muerta, y él, el hijo, como desangrado. Bueno, no del todo muerto, pero todavía en algún lugar, en ese momento, bajo la ventana del padre de otra persona. Porque es obvio ahora, en retrospectiva, que este transeúnte del 20 de mayo, llamado por el hijo para señalar la ventana donde el cadáver aún se estaba endureciendo, sí, este transeúnte era la muerte viniendo a tomar su merecido, o más bien no, marchándose una vez hecho el trabajo, y pasando por delante del hijo, que se había ido a su mesa en el café de abajo, para decirle que sí, claro, que ella sabía todo eso, y que volvería, con sus grandes ojos azules, cuando el hambre la volviera a atacar, y que si él no tenía cuidado, le tocaría a él, al hijo.

Eso es lo que pretende cuando merodea por aquí, llevándose su merecido, la tentadora. Pero éste era también el cuadro del padre.

Cuerpos, o fragmentos de ellos, ya no realmente atraídos por la gravedad, ni tampoco libres de ella, ni pesados ni ligeros, ni del todo vivos ni del todo muertos. Así era también aquel día, no la muerte arriba y la vida abajo, sino la muerte por todas partes, muy fuerte, difusa, y sobre todo merodeando, implacablemente tentadora, con sus brazos extendidos y sus largas piernas.

Una mujer llamada la víspera por el propio pintor cuando, mostrando a su hijo el lienzo utlime que había escondido literalmente detrás de otras obras menos recientes, le dijo, ves, mira aquí, el hombre de abajo, tendido con la mano en el pulmón. Es demasiado, para. ¿Qué quieres decir con eso, para qué, para qué, para de pintar, qué es 'suficiente'?

Y mirando este cuerpo horizontal, con la cabeza vuelta del revés, y sí, con la mano firme en el suelo, pero no sobre el pulmón, más bien sobre el corazón, este cuerpo que, por una vez, ocupaba todo el lienzo, mirando este cuerpo, el hijo no veía nada, al menos no que la muerte se hubiera apoderado de la mano del pintor, que le había dado un rostro, pero también ahora de la voz, la del padre que se despedía, el día anterior, del hijo ciego y sordo. Y, sin embargo, la forma del centro, más ligera, ya desencarnada por

desencarnada por una pasta menos presente, sólo puede representar el ascenso de este cuerpo inferior. En cuanto a la parte superior del lienzo, estaba ocupada por una forma tan ligera que parecía querer salir del lienzo hacia arriba.

Entonces, la mujer, la muerte, quizás un poco codiciosa, también bastante rigurosa, ya había venido la víspera para avisar de su llegada inminente, para reconocer también el lugar, y como el hijo no la había reconocido bien, y sobre todo por la mañana, había dejado a todos en la cita, dejando al pintor, el padre, expirar solo, en la mañana de su último domingo, solo en calzoncillos bajo una especie de camisa china, ella se había acercado para ver si todo había ido según lo previsto, para que el hijo le confirmara que sí, que el padre estaba arriba con frío, y que ella podía irse a casa, y que no, que prefería que no se sentara, que podía irse ya, y preferiblemente no volver.

Preferiblemente. Pero después de eso, todo es un borrón, y los espejitos redentores que se reparten los melancólicos con los ojos azules bien abiertos, y los escalones bajan uno a uno.

Así es como va salvando el pellejo. Es una tarde, un viernes por la noche. Él está de pie, muy manso, en el sofá de ella. La toma en sus brazos, se traga sus dudas, las acaricia, las perfuma y finalmente las duerme. Ella dice que aquí, en este sofá, ya sea él u otra persona, es exactamente lo mismo. Dice que se cae y llora, que no quiere arrastrarlo lejos. Pero él, completamente absorbido por su propia energía, que despliega solo, sigue intentando averiguar qué tiene que dar la muerte, si esta mujer sentada está llena o vacía.

Así que la deposita en su lecho, siente su deseo por ella, algo muy perverso, muy intenso y muy poco generoso. La posee violentamente, pero con contención, presionando su cuello y obligándola a reaccionar, a devolver golpe por golpe, salvo que sus gemidos de placer son apagados y contenidos, y por mucho que la inste a devorarlo de verdad, ella no devuelve nada. Es a esta forma, ávida y sola, saciada y relajada, dice ella, pero nada queda realmente claro, a la que él llega a preguntar: "¿Qué tienes para dar? Ella le responde, pero es

pero es el silencio que precede lo que también necesitamos oír, "eso". Un vacío, entonces, un cuerpo inerte, aspirante, carne blanca y dañada.

Y por la mañana, ella siente que su presa se escapa. Y él, escapando.

## Segunda Parte

Ahora estamos en Ámsterdam. El pintor expone con un amigo. Un gran formato de cinco metros por tres,1994. El estudio, situado en un hospital rehabilitado, es enorme. Lo aprovecha al máximo. También le gusta el Rijkmuseum, y los Vermeers y Rembrandts, porque cada año, es la peregrinación, y luego también ir al barrio rojo, sólo para ver también, pero sin entrar. Dar otra vuelta como hizo con las putas de Pekín.

Amsterdam es ahora la escala del hijo. Pekín vía Ámsterdam. Podría haber ido a otro sitio, pero no, prefirió hundirse en el fango removido por los pasos de su padre.

En cualquier caso, esa subida fue por casualidad, no por elección suya. Pero el resto, sí, fue violentamente él, con ese instinto de vida que mantiene tus fosas nasales justo por encima de la superficie del agua. Con grandes brazadas de braza, para nada también, porque en cualquier caso, todo va a morir igual, en poco tiempo, y él, y todos aquellos a los que amó y por los que lloró, todo eso, va a morir mañana y se pudrirá en la tierra y hará que otros lloren y mueran a su vez.

Las rubias del aeropuerto revolotean a su alrededor sin

él. Él levanta la vista porque no va a dejarse morir así.

Se ven raras en la cabina. Parecen jirafas. Les cuesta asomar la cabeza. Las morenas, las chinas, se apretujan en todas partes y no chocan con nada.

Desde el avión, reconoce los paisajes que le había descrito el muerto, los pólderes y las playas de la costa donde su hijo había ido quince años antes, con otro amor, cuando creía firmemente en la inmortalidad de su familia.

El chino borracho es un maestro de la percusión. Al menos el que está ahora junto a su hijo, en un restaurante cerca de la estación de Zhangzizhonglu. El viernes por la noche es una fiesta. Las mesas están llenas y la embriaguez alcanza su punto álgido hacia las 10 de la noche. Las mujeres hablan a gritos, a veces con una estridencia insoportable, y no pueden soportar el alcohol. Huele a fin de semana, y si por casualidad hay un bongó improvisado por ahí, cada uno de los invitados abusa de él por turnos, y el que tiene la frase rítmica más larga, independientemente de la coherencia de su estructura, es recompensado con un hurra colectivo y un fuerte aplauso.

Para los hombres, los vaqueros son de rigor, la marca más moderna de la occidentalización, rematados por un polo o una blusa a rayas. Las mujeres se han enfundado en vestidos ajustados, mostrando sus abultados cuerpos. Se ríen mientras se abandonan a los hombros de los hombres hirsutos y barrigones. Salen con regularidad, influenciados por el alcohol, con sus teléfonos, o al baño, a veces sin decidirse siquiera si orinar o contestar al teléfono.

Y de repente, se hace un gran silencio inexplicable. A

El silencio es brutalmente roto por un enorme e histérico  
estallido de sonido.

Es su primera noche.

Primero quiere ir a Yonghegong, el templo de Lama.

Delante de él está este Buda risueño, o sonriente, una versión hilarante del morboso Eclesiastés. Entra en el templo y observa las oraciones, inquietas y fervorosas, renovadas y a veces ceremoniales. Está en un segundo plano porque no tiene religión. Por eso no entiende nada. Frente a un Cristo ensangrentado y patético en la cruz, o frente a un Buda barrigón, no sabe qué hacer. El primero no le hará sentirse culpable. El segundo sólo le intriga.

Las oraciones de los monjes comienzan con música. Es una letanía monótona y salmódica. Algunos charlan mientras esperan para hacer sonar sus grandes cuernos de marfil. Él se queda detrás de ellos, escéptico. Entonces pregunta a su amigo Pingjun por qué Buda se ríe y le dice que ha comprado incienso. Su amigo le responde que Buda no se ríe, sino que sonrío, y que cualquiera puede convertirse en Buda.

Volvió la cabeza hacia la mujer de su amigo. Tiene la misma edad que su hijo. Es un Buey en el horóscopo chino. Muy cariñosa, le da medicinas cada vez que le ve toser. La dulzura de su rostro y de sus ojos le conmueve.

de su rostro y de sus ojos. Le gustaría estar en brazos de esta mujer porque sabe que en ella hay suavidad, abandono y maternidad. Estas dos personas hacen buena pareja, así que intenta no hablar demasiado con ella. Se muestra serio y preocupado.

Le explica ahora, de pie en el abarrotado autobús que les lleva a las galerías del 798, que ahora lo hace todo mecánicamente, que poco a poco se ha ido quedando sin lo que los chinos llaman "qi", como una herida abierta, pero que sin embargo sigue actuando. Le contó que ella también había perdido a su padre hacía poco, a la misma edad, que había vuelto de Estados Unidos hecha un desastre y que, según la superstición china, el año de nacimiento anuncia tanto lo peor como lo mejor.

La galería Mano es bastante pequeña, unos cuarenta metros cuadrados como máximo. La visitante es una chica de apenas veinticinco años, evidentemente bastante tonta, y el propietario, ausente, es también pintor. Grandes caballos azules y verdes se mueven en volutas setenteras. Todo es muy feo, pero el Sr. Huang, según su pequeña secretaria, es un "profesional". Eso es quedarse corto cuando ves las obras maestras que cuelgan sobre su escritorio.

La hermana pequeña parlotea un francés gramaticalmente correcto pero apenas pronunciado. Las cosas se ponen tensas rápidamente. El expediente en papel tiene poco interés. Hay que darse prisa y enviar los "mejores" cuadros por correo electrónico esta tarde. El más conocido: "¿Está vendido? Por supuesto, demasiado tarde, encantadora inculta.

El hijo echa un último vistazo a la oveja y el perro desollados en plástico y parados sobre sus patas traseras, y sale sonriendo.

Al día siguiente, tiene que ir al Museo Nacional de Arte.

La elegante mujer de orejas caídas se encarga de los asuntos internacionales y ha recibido instrucciones de ponerle una alfombra roja al niño. Habla en un inglés perfecto y le explica que tiene cuatro salas a su disposición para organizar una retrospectiva de la obra de su padre. Ella le habló con ojos encantados, pero él le prestó poca atención, mirándola en cambio y encontrándola rápidamente muy hermosa.

Este es el verdadero trabajo de la muerte ahora: estar aquí, en Pekín, acogido con los brazos abiertos en uno de los más grandes museos del mundo, con el corazón sonriente, o en el fondo de algún agujero... Apenas puede alegrarse de una victoria por la propia muerte traída, pues ¿sería el pintor tan bien acogido si estuviera aquí? ¿Qué deuda sienten los vivos al abrir de este modo puertas que antes estaban obstinadamente cerradas?

En Tianjin, el hijo es recibido como un rey.

No tiene nada que buscar. No se mueve, es movido. Desde fuera no se le ve, pero todo apunta a que en ese coche hay alguien a quien hay que ver.

En la mesa, se le coloca en primer lugar, frente al rey del poder invitador. Hasta que él se sienta, los demás permanecen de pie. A su derecha está el traductor, a su izquierda la hija del otro rey, y enfrente, un poco a la derecha, el mejor amigo. Hay doce en la mesa, pero sólo cuatro están sentados.

Los platos que le traen son los más finos y los más raros. Después del tercer plato, le regalan joyas y estatuillas.

Rápidamente, fue aclamado como el hermano menor de su anfitrión, el "gi gi". Muy pronto también, y muy a menudo, se le invita a brindar por la memoria de la persona cuyo lugar ocupa ahora.

Se fija en las criadillas que se mantienen erguidas y educadas, y especialmente en una cuyos ojos brillan porque es la primera vez que ve a un rey extranjero. Se imaginaba a sí misma como una princesa descalza, pensando que él podría llevársela, o que si no fuera tan

pobre, y tan servil en su estatus, podría atrapar su corazón. Entonces, realmente, ella lo mira, y lo enciende. Mientras ríe con su igual, coge lo que puede de lo que la doncella le lanza, pero tiene que ser digno y discreto, así que se concentra y tiende su copa a su vez.

Tememos por el nuevo rey, le protegemos, le encendemos el puro, le cortamos la carne, le acompañamos donde normalmente va solo, esperamos a que termine, le sentamos. Volvemos a brindar, un poco más alto, y así cada diez minutos. Uno se levanta, a veces solemnemente, y vacía la mitad de su vaso en el vaso de la persona a la que quiere homenajear a su vez.

Ahora le hacemos cantar. Canta muy mal, pero le aplaudimos y le felicitamos.

Entonces se entera de que efectivamente es el hijo, el verdadero.

Quiere irse a casa a dormir. Le acompañamos a su casa y esperamos a que termine la siesta.

Entonces todo vuelve a empezar, hasta que de repente el rey invitador declara que todo ha terminado y que es hora de que todos regresen a sus respectivas patrias.

Pero cuando el rey se queda solo, sus consejeros se acercan, con rostros graves y ceños fruncidos, para decirle que los enemigos se acercan. Le hablan de peligros más o menos reales, más o menos inmediatos, y él se preocupa.

Sí, el hijo siente las ratas que se arrastran por las telarañas. Desde el abogado de negocios en apuros que olfatea el arte contemporáneo y sabe, con su ojo avezado, a su manera, evaluar su equivalente en metálico, hasta el amigo que le advierte de los celos pasados de algunos, malos pintores o genios desconocidos que también quieren escapar de esta fama post mortem que se ofrecía a sus ojos, nada ni nadie permanece en el lugar que ocupaba antes.

Todo gira en torno a la pintura, tanto las palabras como las personas, tanto que parece, por el propio efecto que produce en los cambios de comportamiento de todos, estar viva.

Entonces la gran tristeza invade al hijo, desahogado por su ascendiente, pero tan agobiado por el deseo de los demás, invasores perentorios y violentos, íntimos consejeros y guardianes de una parte del templo.

Pobre hijo, cansado, agobiado, casi noqueado, ebrio al fin del

precioso vino de la vida ajena. Pobre hijo solitario, a veces midiéndose ociosamente junto a un panel díptico y diciéndose, mientras mira los quince centímetros que devuelve al lienzo, que procede de una familia de gente pequeña, y que siempre subestimaba el tamaño de un cuadro cuando tenía que imaginarlo desde lejos.

También subestimaba los deseos antropófagos de los demás.



Ahora está en otra parte, en el norte de África. Una larga pausa con la madre y el hijo. Midoun, y las lágrimas de la mujer que pasó su infancia aquí, o por ahí, en los primeros pasos del suelo pisado, sorprendida primero por la crueldad de la luz de octubre, y redescubriendo los colores de la estepa de dunas, ocre, añiles y verdes, todos los verdes. Él, el hijo, entre estas dos mujeres, la pequeña muy rubia y la grande muy feliz, está en segundo plano, porque trabaja ante todo para ellas, que siguen siendo muy frágiles, pero por razones diferentes.

Tuvo que recomponer un paisaje, encontrarse el hombre engendrado y engendrando, y sin embargo ahora decidiendo por las dos, supervisando muy liberalmente la dispendiosidad natural de una, y el despertar al mundo de la otra, mujeres muy parecidas en verdad, con esa energía verbal y física que les deja poco descanso, y que le costó a la madre incluso el encarcelamiento, cuando ya nada estaba bajo control.

Así que, en vísperas del invierno, optó por ofrecer descanso, para que, de una vez por todas, la vida pudiera seguir sin sobresaltos, y para que todo no se rompiera con la noche y el frío. Así que es aquí, en Midoun, donde podemos ver a estos tres frutos de un mismo árbol, unidos, recorriendo las concurridas calles, y a la

madre que nunca supo decir que no, desapareciendo en los puestos de los vendedores de recuerdos, todos iguales, siempre iguales, cogiendo la mano del niño asombrado por los vestidos brillantes, y las telas, y al hijo, que vuelve la cabeza, pero ya nadie le sigue, y vuelve sobre sus pasos, mirando dentro de las tiendas y repitiendo casi mecánicamente que gracias amigo, pero no, no quiero comprar nada, estoy buscando a alguien, pero sí, ahí están, en la tienda de enfrente, entra, te haré un buen precio.

Y allí están, vestidas de pies a cabeza con largos trajes de novia, rodeadas de cuatro hombres ocupados en halagarlas y hacerlas reír, y el más hábil de ellos saca las manos de los bolsillos y desliza besos furtivos a su Miss Francia, que no habrían molestado a nadie si no hubiera olido a vino malo. Y también la niña, en danza del vientre, levanta la cabeza hacia el hijo, que no sabe si molestarle o divertirse al ver a sus mujeres rodeadas y hechizadas por el vendedor local, para implorar la bendición del padre, inconsciente de que ahora casi todo le importaba, con tal de poder espigar aquí y allá, y también sembrar un poco de vida en alguna parte, y ante todo a los ojos de su familia.

A decir verdad, es más bien una forma de sacrificio estar

estar atrapado allí, entre dos generaciones, en el mismo momento en que el padre ya no está, porque a partir de ahora es el único padre, y también el único hijo, o mejor dicho, el hijo de uno solo de los dos padres, el hijo del superviviente. Es en esta balsa en la que se encuentra, y en la que ha decidido embarcar a sus parientes consanguíneos, y capitán de un barco sin timón, ha querido partir así, de viaje con su madre. El niño, que se encarga de no molestar a nadie, bosteza en la mesa y luego se adormece, mientras la otra mujer remueve sus raíces, a lo lejos, hacia el hijo silencioso y desconcertado, que luego pasa la mano por el pelo del niño para conducirlo suavemente a su habitación.

Y los tres, inclinados sobre el camino barrido por un viento nocturno isleño, una forma inseparable en la noche, consiguen separarse, muy lentamente.

Tanto es así, que la decisión de *a d e n t r a r s e* en las dunas del *dé z e r t*, no sólo para rozar la puerta de Douz, sino para alejarse de verdad durante unos días, lejos del ruido sobre todo, había sido una especie de capricho vital, y que no correspondía a ningún deseo previo,

No, era simplemente una puerta que da ganas de perderse. Pero evidentemente era imposible, porque no había nadie para eso, ni para quererse, bueno el padre y el hijo, sí, pero no el hijo para la madre, más bien para cuidarla, para acompañarla, para reconstruir un poco de vida a su alrededor, para sanar la del padre que se había ido, para cuidar a la madre que cuenta y cuenta pero nunca pregunta si está bien, cómo era encontrarlo allí tirado, al hombre que había amado, y comprendido, y acompañado incluso después de la separación.

No, pero eso es lo que se siente, sentado bajo una tienda de campaña junto a una vieja bereber en Matmata, ayudándola a girar la piedra del molino, o metido en la parte trasera del 4X4, con los pies en el alféizar de la ventana, observándola, habiéndola llevado hasta allí. También era bueno dormirse en aquella gran cama de hotel, junto al niño calentito, y observarle mientras dormía, probablemente la imagen más reparadora que puede ver un padre, los ojos del niño cerrados, el brazo izquierdo hacia atrás y el derecho sobre el estómago, lejos y presente.

Tenerlos allí, no las palabras sino los gestos y la presencia, los tres en otra parte, porque al fin y al cabo era necesario enterrar y olvidar este terrible minuto del anuncio, formulado en un vocabulario tan infantil, como las primeras palabras pronunciadas por el niño.

palabras pronunciadas por el niño, apenas ordenadas "Mamá, papá ha muerto", que ella había aceptado como pudo, y al niño también, "Sabes, el abuelo Sombrero, ha muerto".

Y por eso la madre no pregunta, apenas protege a sus hijos del luto, porque él había sido el amor mismo, eligiéndola como modelo, entre dos adoquines tirados en el CRS, y la vida al trote, rehaciendo el mundo en aquel pisito de la rue d'Aligre. Sólo tienes que querer saber lo que tu padre y yo pasamos juntos antes de que tú nacieras, pero cuando te lo cuento, apartas la mirada, te avergüenzas.

El hijo sabe todo esto, y calla, no pidió saberlo, sólo quería que estuvieran allí juntos, al sol, viendo las dunas de arena, y a su alrededor el cielo, por todas partes, y luego, volviendo a París, en la noche de principios de noviembre, y la lluvia torrencial, volver menos desgastados, con una imagen de ellos, agazapados sobre la arena blanca, sus caras tachadas con un pañuelo rojo, sus sombras proyectadas a la izquierda.